

AL DR. FRANCISCO MORA MORENO

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA ESTOMATOLOGIA DE ESPAÑA

por el

DR. PASCUAL VALLESPÍN GÓMEZ
Médico y estomatólogo

A todos mis colegas (cirujanos-dentistas, odontólogos, médicos y estomatólogos).

Ante todo, le ruego me perdone por molestar su atención con esta misiva, tras lo cual cumpliré con el deber de presentarme. Soy estomatólogo de la última promoción salida de la Escuela, la que tengo el honor de encabezar por los méritos contraídos en mis estudios, que me han hecho acreedor del Premio Nacional Fin de Carrera, y del Víctor de Plata de la especialidad, concedido recientemente por Su Excelencia el Generalísimo. Por este motivo y por creer que conozco el sentir de mis compañeros de curso, e incluso de los que me precedieron, me atrevo a escribirle esta carta, con la pretensión de ver en ella reflejado lo más claramente posible nuestro pensar, que, en definitiva, es el de la juventud estomatológica, a quien se ataca y hiere por todos los sitios, sin que todavía haya respondido a estas heridas, que, aunque (hasta la fecha) podemos calificar de leves, es llegado el momento de prestarles los cuidados necesarios para que ni tan siquiera llegue su pronóstico a ser "leve salvo complicaciones".

Le diré, también como presentación, que desde mi niñez estoy entre dientes, ya que desde los diez años estoy estudiando y trabajando en ellos. Al principio, dada mi corta edad y, por tanto, careciendo de conocimientos básicos, di mis primeros pasos en la prótesis, batiendo escayola, secando modelos, deshaciéndome los pulpejos de los dedos lijando el endiablado acero. A los dieciséis años empecé mis prácticas clínicas; he trabajado con cirujanos-dentistas, odontólogos, médicos-odontólogos (antes de crearse el nuevo título) y estomatólogos. De todos ellos guardo los mejores recuerdos, y si yo dijese lo

que pone un querido profesor en la dedicatoria de uno de sus libros: "A los que me enseñaron y a los que me dejaron aprender", en esta dedicatoria, le aseguro, estarían incluidos todos los que la suerte me ha permitido trabajar a su lado. En los años transcurridos desde los dieciséis he trabajado hasta en tres consultorios a la vez, con un promedio de unas 40 visitas diarias (Clínica Dental del doctor Armand, Hospital Militar y Mutua de Accidentes de Zaragoza).

Me extiendo sobre el particular, quizás más de lo debido, con el exclusivo objeto de que vea que no soy un bisoño en la materia. Usted, según dice, ha cumplido sus bodas de plata con la profesión, y por tal motivo le felicito muy sinceramente y hago votos por que cumpla las de oro; pero reconozca conmigo que, a pesar de su larga vida profesional, mis dieciséis años de experiencia y mis superiores estudios, que salvan cumplidamente la diferencia que con la suya pudiera existir, me ponen en condiciones, al menos, de igualdad para poder dialogar con usted en materia profesional teniendo, además, en cuenta que mi formación se ha desarrollado en un período de evolución hacia el progreso científico muy superior al de los años en que usted se formó; y aunque no dudo de su capacidad de asimilación de nuevos postulados científicos, los que, como yo, han nacido al par que los mismos, hemos hecho de ellos no ya unos conocimientos adquiridos, sino consustanciales con nuestra formación científica.

Después de lo que antecede, paso al motivo fundamental que me ha movido a escribirle: el artículo que publica en su número 125 la revista ODONTOLATRÍA firmado por usted.

La verdad es que todavía no he llegado a comprender qué es lo que usted pretende con él, y, además, creo que lo ha escrito y después no lo ha repasado y meditado. Con todos los respetos, mi criterio sobre el mismo es que contiene unas aseveraciones bastante gratuitas y, desde luego, carentes de todo fundamento lógico. ¿Acepta usted mi proposición de meditarlo juntos? Pues pasemos a ello:

¿Ha visto usted alguna boca paseando por las calles? Seguro que no, pues la boca es una parte de un todo, un todo que es el cuerpo humano. Me parece muy bien que, en principio, la separemos de ese todo para así facilitar su estudio, pero sólo momentáneamente. En seguida la uniremos y la estudiaremos de nuevo; pero ahora, en su relación al todo, y de esta forma, unida, es como debe permanecer para siempre. Piense que mañana, cuando usted salga a la calle, encuentra un hermoso edificio con el siguiente rótulo: "Facultad de

Oftalmología" o "Facultad de Obstetricia". Seguro que creería estar soñando, ¿no es cierto? Pues lo mismo es lo que usted propone.

En otro párrafo dice que se debían crear las Facultades de Odontología y, a su vez, un cuadro de especialidades dentro de las mismas. Imagine esta placa: "Doctor Fulano de Tal. Avulsión del canino superior derecho." Con esto, sólo conseguiríamos poner en un aprieto al Ministerio de Educación Nacional, al verse obligado a incluir en los planes de enseñanza un cursillo de nomenclatura dental, para que los pacientes supieran a qué especialista debían acudir para que tratase su dolencia.

Dice que nosotros, los estomatólogos, recurrimos a los otros especialistas, dando, quizás, a entender con ello que para nada nos sirve nuestro título de médico; pero está usted equivocado. Le puedo asegurar que el estomatólogo requiere con gran frecuencia la colaboración de otros especialistas, con más frecuencia que antes lo hacía el odontólogo. ¿No será por mayor conocimiento de causa? Porque —¡qué atrevida es la ignorancia!— lo que todavía no he visto es que un estomatólogo pida la colaboración de un especialista odontólogo. ¿Se ha dado perfecta cuenta de lo que ha dicho? Sinceramente, creo que no.

Recomienda la lectura de otros artículos también suyos, los cuales me he tomado la molestia de leer, y saco de ellos una opinión parecida a la que me merece el artículo a que va dirigida esta contestación.

Clama usted al cielo porque nuestros Ejércitos no tienen Cuerpo de Odontólogos. ¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa? Ese Cuerpo está perfectamente creado dentro de nuestras Fuerzas Armadas. Lo que ocurre es que para pertenecer a la Sanidad Militar es preciso poseer el título de médico, y esto le aseguro que no es una orden de ayer. El crear una escala especial y exclusiva para odontólogos sería una carga y un problema no sólo para el Cuerpo de Sanidad, sino para el mismo Estado, con la creación de unas nuevas Clases Pasivas. En fin, que por algo se ha reglamentado tal como está. Cuando lo hicieron no existía el problema que usted cree que hay en la actualidad, de odontólogos y estomatólogos, y ya ve: exigían el título de médico... Por algo será. Además, sabrá que lo militar va por riguroso escalafón. ¿Imagina un odontólogo de director de un Hospital o de jefe de un equipo de campaña? Porque es lógico que por

su graduación lleguen a corresponderle estos puestos. Piénselo bien y me dará la razón.

Todo su escrito se resume en que no es preciso el título de médico y que ahora los estomatólogos salimos sabiendo de la especialidad lo mismo que cuando usted cursó los estudios. ¡Ni mucho menos, mi querido colega! ¿Tenía usted idea al ingresar en la Escuela de Odontología de lo que era una radiografía, una fractura ósea o una diátesis hemorrágica? Probablemente, no; o sea, que o no se enteró debidamente de estos temas, o tuvieron que perder sus profesores un tiempo preciosísimo explicando todo desde sus puntos más elementales. Estos puntos básicos, el que va en la actualidad a la Escuela de Estomatología los lleva sabidos, y el profesorado puede profundizar más en los temas desde el principio del curso.

¿Sabe usted que la mayoría de las diátesis hemorrágicas, por sólo citar un ejemplo, dan sus primeras manifestaciones en boca? ¿Y qué me dice de las algias de las gestantes? ¡Cuántas piezas dentarias sanas se han perdido por este motivo!

La lista podría ser interminable, pero para muestra basta un botón. Todo evoluciona en esta vida, y la evolución genera el progreso en la ciencia. ¿Dice usted que en este o en aquel país no son médicos los que tratan los procesos bucales? Muy bien; que hagan lo que quieran. No veo la necesidad de imitarlos. En fin, que ahora somos estomatólogos, y creo debemos seguir siéndolo.

El plebiscito que propone es en extremo ingenioso; pero, si no tiene nada que alegar en contra vamos a esperar cinco años a hacerlo, cuando nuestras fuerzas estén más equilibradas. ¿Le parece? Pues no hay que hablar más; a esperar, que el tiempo pasa rápido.

Quiero terminar mi carta; pero antes voy a ofrecer a su consideración de mi *plan de estudios*, no sistematizado como el suyo, pero si le diré que contiene lo que en la actualidad iría bien a la Escuela y a sus alumnos.

Me limito a presentar ideas; todo lo demás es de la exclusiva competencia de la Superioridad.

Este, pues, es el plan de que le hablo:

1.º Creación, en todas las Facultades de Medicina, de una Cátedra de Estomatología, con una doble misión:

a) Que todos los alumnos de Medicina, en el curso que se juzgue más propicio, asistan a dicha Cátedra, con el fin de obtener unos conocimientos estomatológicos generales, de gran utilidad y suma-

mente necesarios para el médico rural, que lógicamente, lo han de ser el 80 por 100 de cada promoción.

b) Preparación de futuros especialistas mediante cursos teórico-prácticos, dando únicamente certificados de aprovechamiento. De esta forma, la Escuela de Estomatología podría comenzar sus clases con el verdadero programa estomatológico. ¿No imagina usted el tiempo que se ganaría si el primer día de clase se pudiera mandar a los alumnos hacer una avulsión o tomar una impresión? Con esto, simplemente, dos cursos serían suficientes para obtener el mínimo de conocimientos para ser unos buenos especialistas.

2.º Un problema que se plantea en la actualidad en nuestra Escuela es la falta de pacientes. El Seguro se ha llevado a los que antes eran nuestros clientes. La solución es bien sencilla; previo estudio por los organismos a quienes corresponda, se podrían habilitar todos los consultorios de Beneficencia y del Seguro de Enfermedad, con el fin de que a cada uno de ellos asistan grupos de cinco o seis alumnos como máximo; estos alumnos tendrían en estos consultorios dependencia directa del jefe de dicho servicio, sea éste o no profesor de la Escuela. De esta forma, nuestros especialistas serían completos. En estos períodos de prácticas sería donde los alumnos se enfrentarían con la verdadera realidad y con los problemas de la especialidad, problemas que solucionaría el jefe del servicio correspondiente, y que incluso podrían plantearlo después los mismos alumnos en la Cátedra para que sirviera de ejemplo y estudio para todos.

No tiene ningún mérito mi plan de estudios, se lo aseguro; ello ha sido únicamente lo que he hecho yo hasta conseguir el título que en la actualidad poseo, y le puedo asegurar que no he salido de la Escuela "con los mismos conocimientos que hace cuarenta años", como usted dice.

Todas las especialidades son "saber más de menos"; la Odontología era también esto mismo; pero, en la actualidad, la Estomatología ha pasado a "saber más de más".

Piense y recapacite bien, querido colega; piense todo lo que ha dicho, y sin ningún temor, pues usted mismo se ha abierto el camino con el encabezamiento de su escrito: "De sabios es cambiar de opinión", cambie usted la suya.

Le he escrito hablándole con el corazón y sin ningún apasionamiento. Creo que usted no hizo lo mismo al escribir su artículo.

Han hablado ya todos en este asunto, pero faltaba, como digo en el comienzo, la opinión de la juventud estomatológica; a ella he querido representar con mis palabras, y con esto podemos dar por zanjado este asunto.

"Laboremus pro Patria", dijo el gran maestro que fué don Florestán Aguilar. Cumplamos, pues, su voluntad, y dejémonos de pequeñeces.

Reciba un saludo cordial de su colega.

Automovilismo y fisiología

Por otro lado, la tiroides puede, a su vez, estar influenciada por tal o cual otra glándula, que le prestará aptitudes particularísimas. Veamos.

La surrenal: Es la glándula de la combatividad. La combinación surrenaltiroidiana da la cólera y la ineficacia de los gestos derivados de aquélla.

La hipófisis: Es la glándula del cálculo y de la razón: facilita la precisión, al mismo tiempo que la resistencia muscular.

La genital: Es una glándula de doble efecto. Como reproductiva, facilita la disciplina y la voluntad, Como intersticial, procura el sentido moral, el altruismo y la preocupación de evitar cualquier accidente.

* * *

¿Cuántos conductores se han dado cuenta de que el sueño les dominaba en el volante? Este es, también, un efecto de la insuficiencia de las secreciones tiroidianas. Por esta razón, el automovilista debe evitar tanto la monotonía que le adormece como la distracción que perturba su atención, apartándose de la verdadera finalidad de su función.

¿Qué consecuencias sacamos de este estudio?

El mejor conductor, física y moralmente, es el de tipo intersticial. Esta es una glándula cuyo funcionamiento puede desarrollarse mediante una adecuada terapéutica, en beneficio de nuestro equilibrio fisiológico y nuestra salud.

Lo ideal sería hallar una fórmula que nos condujese a una mayor eficacia en el funcionamiento de las glándulas, las unas en relación con las otras, lo que equivaldría, en conclusión, a regularizar las oscilaciones de la tiroides.

El conducir es un arte complicado, mal conocido. Pero... ¿es que el ser humano no está él de por sí lleno de misterios?

Por nuestra parte, hemos pretendido, simplemente, abrir al automovilista algunas perspectivas nuevas, dándole a entender que es, precisamente, dentro de sí mismo donde deben ser buscadas las razones de su comportamiento. Y es también ahí donde hay que buscar las más adecuadas soluciones al problema de la seguridad en la carretera.

(Per B. O. I. Aut. Club Guipúzcoa, III, 15.)